

José Miguel García Pérez

RESUCITÓ

Lectura de los relatos evangélicos



EN
CUEN
TRO



100XUNO

Resucitó



100XUNO

José Miguel García Pérez

Resucitó

Lectura de los relatos evangélicos



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2024

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 128

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN: 978-84-1339-178-6

ISBN PDF: 978-84-1339-844-0

Depósito Legal: M-47-2024

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	7
I. ¿EN QUÉ CONSISTIÓ LA RESURRECCIÓN DE JESÚS?.....	13
1. Objeciones modernas al acontecimiento de la resurrección.....	17
2. La resurrección: ¿un evento histórico?.....	19
3. Otros indicios de la resurrección de Jesús en la historia.....	23
4. La sábana santa	27
Conclusión	31
II. CARACTERÍSTICAS DE LOS RELATOS PASCUALES.....	33
1. Peculiaridades literarias.....	33
2. Valor histórico de los relatos pascuales	37
III. LOS RELATOS DEL HALLAZGO DEL SEPULCRO VACÍO.....	45
Introducción	45
1. El hallazgo del sepulcro según Marcos (Mc 16,1-8).....	48
2. El hallazgo del sepulcro vacío en los otros dos sinópticos	61
3. María Magdalena y dos apóstoles en el sepulcro (Jn 20,1-12).....	68
IV. LOS RELATOS DE LAS APARICIONES.....	81
Introducción	81
1. Las apariciones del Resucitado en el Evangelio según Mateo	86

2. La aparición a los dos discípulos camino de Emaús (Lc 24,13-32) ...	97
3. La aparición del Resucitado a María Magdalena (Jn 20,11-18).....	105
4. Aparición a la orilla del mar (Jn 21,1-19)	115
V. LOS RELATOS DE LA ASCENSIÓN	129
1. Estridencias del texto griego.....	131
2. Los últimos versículos del evangelio.....	136
3. Primeros versículos de Hechos	141
Conclusión	146
VI. REFLEXIÓN TEOLÓGICA SOBRE LOS	
RELATOS PASCUALES.....	149
1. El hallazgo del sepulcro vacío	150
2. La aparición en el camino hacia Emaús	152
3. La aparición a María Magdalena	158
4. El primado de Pedro	162
5. El envío misionero.....	164
BIBLIOGRAFÍA.....	167

INTRODUCCIÓN

«La Resurrección de Jesús es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo», afirma el Catecismo de la Iglesia católica (CCE)¹. El apóstol Pablo subrayó esta centralidad de la resurrección de Jesús con palabras radicales en su primera carta a la comunidad de Corinto: «Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe [...] y, si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido, seguís estando en vuestros pecados; de modo que incluso los que murieron en Cristo han perecido» (1Cor 15,14.17-18). En efecto, de la realidad del suceso de la resurrección de Jesús depende nuestra salvación, el perdón de los pecados, la victoria definitiva sobre la muerte y el mal. Por lo demás, también este acontecimiento extraordinario confirma la pretensión divina de Jesús, manifestada en sus palabras y hechos durante su ministerio público. El tribunal judío acusó al Maestro de Galilea de blasfemia y herejía y lo condenó a muerte, pero la acción realizada por el Padre después de la muerte en cruz y posterior sepultura desmintió semejante veredicto.

Abordamos, pues, en este libro el fundamento de la fe cristiana. Como afirma J. Ratzinger-Benedicto XVI en su libro *Jesús de Nazaret*, «la fe cristiana se mantiene o cae con la verdad del testimonio de que Cristo ha resucitado de entre los muertos. Si se prescinde de esto, aún se pueden tomar sin duda de la tradición cristiana ciertas

¹ CCE n. 638.

ideas interesantes sobre Dios y el hombre, sobre su ser hombre y su deber ser —una especie de concepción religiosa del mundo—, pero la fe cristiana queda muerta. En este caso, Jesús es una personalidad religiosa fallida; una personalidad que, a pesar de su fracaso, sigue siendo grande y puede dar lugar a nuestra reflexión, pero permanece en una dimensión puramente humana, y su autoridad solo es válida en la medida en que su mensaje nos convence»².

En la resurrección Jesús es constituido Señor del universo, exaltado a la diestra del Padre, ha sido investido con la gloria que tenía antes de que el mundo existiese (cf. Jn 17,5), y en él se desvela la verdad del hombre y de todo lo creado. Por ello, sus gestos y dichos se convierten en criterio para la vida del ser humano que lo encuentra. De otro modo, su enseñanza, su mensaje, que sería lo único que nos habría dejado, vendría aceptado únicamente según nuestra valoración personal, juzgado según nuestros criterios e intereses, como afirma Benedicto XVI. Por tanto, el hombre concreto permanecería en su soledad, encerrado en su propia capacidad (o por mejor decir, en su incapacidad) para llevar a cumplimiento lo que desea y espera su corazón inquieto. Solo en el encuentro con Jesús resucitado se vence esta soledad; solo en la adhesión y seguimiento del Resucitado la persona humana puede experimentar la plenitud de vida que su corazón anhela y busca.

Desde los inicios del cristianismo los seguidores de Jesús de Nazaret creen y anuncian que resucitó de entre los muertos y lo indican como el Salvador de toda la humanidad. Según ellos, algunos días después de su muerte en cruz, ordenada por el prefecto romano, Poncio Pilato, que gobernaba a la sazón en la región de Judea, su cuerpo desapareció del sepulcro donde había sido enterrado y se mostró vivo a sus seguidores. Así está testimoniado en los libros del Nuevo Testamento; de modo especial en los llamados Evangelios, que son las principales fuentes para conocer los sucesos acaecidos aquel primer

² J. Ratzinger-Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret. Segunda parte: Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Madrid 2011, p. 281.

día de la semana. Según estos escritos, los discípulos habían visto y oído cosas extraordinarias durante los años de la predicación pública de Jesús, eventos que habían suscitado en ellos la esperanza cierta de que las promesas se iban a cumplir por medio de su Maestro, que el reino de Israel iba a ser restaurado en toda su grandeza (cf. Hch 1,6). Sin embargo, la condena a muerte por blasfemo decretada por el sanedrín, y ejecutada por el poder romano en el Gólgota, echó por tierra las esperanzas que había despertado en ellos aquel hombre venido de Nazaret. La piedra que cerró el sepulcro en que depositaron su cadáver era también la losa que sepultaba las certezas que habían alcanzado en la convivencia con él. De hecho, todos los apóstoles le abandonan en el momento del prendimiento (Mt 26,56; Mc 14,50), y como informa el cuarto evangelio, se encerraron en el cenáculo por miedo a los judíos (Jn 20,19). Sin embargo, la muerte en la cruz y la sepultura no fueron la última y definitiva palabra a la aventura que habían vivido durante algunos años con el predicador de Galilea. Algo sucedió de forma inesperada que los liberó del escándalo y el desaliento, que los volvió a poner en la historia como verdaderos protagonistas: verlo vivo después de su muerte. Únicamente la resurrección de Jesús explica que sus discípulos no quedasen dominados por el escándalo de la condena ante el alto tribunal judío y la muerte oprobiosa en la cruz.

No obstante, no todas las personas que confiesan la fe cristiana explican de la misma manera tal evento. Para algunos, la resurrección de Jesús significa que, aunque murió en la cruz, su «espíritu» de alguna manera «vive» en los corazones de sus seguidores. Otras personas, incluidos varios eruditos que han estudiado los relatos evangélicos, argumentan que su espíritu ascendió al cielo después de su muerte, que fue exaltado o llevado a la presencia de Dios. Otros prefieren ver la resurrección como una especie de reivindicación divina de Jesús, un modo de afirmar que Dios confirmó la verdad de su enseñanza. En cualquier caso, quienes adoptan estos puntos de vista tienden a ser ambiguos sobre lo que sucedió con el cuerpo de Jesús y, a menudo,

afirman que en realidad importa poco lo que sucedió en su tumba. Hay estudiosos que han identificado una alucinación o sugestión de los apóstoles como origen de estos relatos; según ellos, estaríamos ante percepciones subjetivas, imaginaciones o fantasías de las personas que proclamaron este acontecimiento. Por supuesto, en autores no cristianos es fácil encontrar un rechazo explícito de la realidad trascendente del evento. Algunos consideran que la resurrección fue solamente una mera reanimación del cuerpo del Crucificado, un volver a la vida de antes. Otros, rechazando frontalmente el testimonio de la Iglesia, niegan que Jesús resucitara de entre los muertos, pues lo normal es que las personas muertas permanezcan muertas. ¿Por qué debería ser diferente con el hombre de Nazaret?³.

Todas estas interpretaciones, de un modo u otro, censuran alguno de los datos de la realidad testimoniada en los evangelios; por tanto, hay que rechazarlas por parciales o tendenciosas. Como veremos más adelante, la resurrección de Jesús no se puede explicar como una invención o fenómeno psicológico, por el mero hecho de que los apóstoles no solo estaban dominados por el miedo y la percepción del fracaso, sino también porque carecían de las categorías mentales para inventar un suceso de tal envergadura. Por lo demás, semejante mentira difícilmente la habrían mantenido los seguidores de Jesús ante la persecución y el tormento físico.

A decir verdad, el testimonio recogido en los relatos pascales de los evangelios no es coincidente y armónico. N.T. Wright, en su libro sobre la resurrección de Jesús, al iniciar su estudio, reconoce que «las narraciones sobre la resurrección contenidas en los evangelios están entre las historias más extrañas jamás escritas»⁴. En efecto, las noticias evangélicas sobre este suceso contienen llamativas diferencias y algunas expresiones oscuras que habrá que explicar; sobre todo

³ Para un estudio de estas teorías puede ser útil leer G.R. Habermas, *Jesus' Resurrection and Contemporary Criticism: an Apologetic*, CTR 4/1,1989, pp. 159-174; 4/2,1990, pp. 373-385.

⁴ N.T. Wright, *La resurrección del Hijo de Dios. Los orígenes cristianos y la cuestión de Dios*, Estella, Navarra 2008, p. 717.

teniendo en cuenta que han servido como argumentos para negar el valor histórico de estos relatos pascuales. En cualquier caso, a pesar de la discordancia, estas narraciones son un buen testimonio de la sorpresa que experimentaron aquellos que habían seguido a Jesús durante su ministerio público ante el hallazgo del sepulcro vacío y los encuentros con el Resucitado.

Nuestro estudio centrará la atención sobre estas dificultades o extrañezas contenidas en los relatos evangélicos que, como hemos dicho, son los testimonios más explícitos acerca de lo que aconteció después de la muerte y sepultura de Jesús de Nazaret. Aunque son parcos al referirse al hecho mismo de la resurrección de Jesús, pues se alude a él pero no se describe, refieren lo que vieron y oyeron sus seguidores al encontrarse con el Resucitado, al igual que la sorpresa del hallazgo de la tumba vacía en las primeras horas del día después del sábado. Esperamos que el estudio de estos relatos pascuales sea ocasión para conocer mejor a Jesús, penetrar en el misterio de su persona y crecer en la conciencia del bien inmenso que concede a todos los que le siguen: participar en su victoria sobre la muerte y el mal, al igual que tener parte en su humanidad, en ser ya en este mundo una creatura nueva.

I. ¿EN QUÉ CONSISTIÓ LA RESURRECCIÓN DE JESÚS?

Los evangelios concluyen su testimonio con los denominados relatos pascuales, que están centrados en el hallazgo del sepulcro vacío y las apariciones de Cristo a sus seguidores después de su muerte en la cruz. La forma que tienen de expresarse sobre la resurrección de Jesús es bastante diferente a los milagros de resurrección: no se trata de la vuelta a la vida que experimentaron algunos muertos en virtud de la acción poderosa de Cristo. Los evangelios han recogido tres milagros de este tipo: la resurrección de la hija de Jairo (Mc 5,21-24.35-43; Mt 9,18-19.23-26; Lc 8,40-42.49-56), del hijo de la viuda de Naín (Lc 7,11-17) y de Lázaro (Jn 11,1-44). Estas resurrecciones son una vuelta a esta vida terrena, sujeta todavía a la muerte y a las necesidades propias de la condición humana, como manifiestan los mismos relatos. Así, por ejemplo, Jesús manda a Jairo y su mujer dar de comer a su hija; pone al muchacho adolescente bajo la custodia de su madre; manda desatar las vendas que envolvían el cuerpo de Lázaro y dejarle andar sin impedimento alguno. Este fenómeno extraordinario, por lo demás, era ya conocido en el judaísmo; basta leer 1 Re 17,17-23, donde se narra la resurrección del hijo de la viuda de Sarepta, realizado por el profeta Elías, o 2 Re 4,18-37, que relata la resurrección del hijo de la Sunamita, llevada a cabo por el profeta Eliseo. Es más, existen también relatos de resurrección de muertos fuera del judaísmo. Un buen ejemplo es el episodio de

la resurrección de una joven, realizada por Apolonio de Tiana, un filósofo pitagórico que vivió en el siglo I¹.

El acontecimiento de la resurrección de Jesús no pertenece a este tipo de narraciones; estamos ante un fenómeno absolutamente novedoso. En ella Cristo ha triunfado de forma definitiva sobre la muerte, pues vive para siempre. Es más, su cuerpo no está sometido a ninguna condición o limitación de este mundo, ya que no pertenece a esta tierra al haber sido exaltado junto al Padre. El Catecismo subraya esta diferencia: «La Resurrección de Cristo no fue un retorno a la vida terrena como en el caso de las resurrecciones que él había realizado antes de Pascua: la hija de Jairo, el joven de Naín, Lázaro. Estos hechos eran acontecimientos milagrosos, pero las personas afectadas por el milagro volvían a tener, por el poder de Jesús, una vida terrena ‘ordinaria’. En cierto momento, volverán a morir. La Resurrección de Cristo es esencialmente diferente. En su cuerpo resucitado, pasa del estado de muerte a otra vida más allá del tiempo y del espacio. Sigue siendo hombre, por tanto, con un cuerpo, pero glorioso. En la Resurrección, el cuerpo de Jesús se llena del poder del Espíritu Santo; participa de la vida divina en el estado de su gloria, tanto que san Pablo puede decir de Cristo que es ‘el hombre celestial’ (cf. 1 Co

¹ He aquí cómo lo relata Filostrato, que escribió en el siglo IV d.C. la vida de Apolonio de Tiana: «He aquí otro milagro de Apolonio. Una joven había muerto justamente en el momento de su boda, y el novio seguía tras el féretro lamentando, como es natural, su boda inacabada; y toda Roma hacía duelo con él, pues la joven pertenecía a una familia consular. Hallándose Apolonio presente al dolor, dijo: ‘Dejad en el suelo el féretro; yo haré cesar vuestras lágrimas por la joven’. Y al mismo tiempo preguntó cuál era el nombre de la joven. La gente pensó que iba a pronunciar un discurso, como suele pronunciarse, tanto para adornar el funeral, como para excitar la lamentación. Pero él no hizo nada de esto, sino tocándola y murmurando en voz baja cierto conjuro sobre ella, despertó a la joven de su supuesta muerte; y la muchacha dio una voz y regresó a casa de su padre, como Alceste cuando fue resucitada por Hércules. Los familiares de la joven querían regalarle la suma de ciento cincuenta mil sestercios, pero Apolonio dijo que se los daba a la joven como dote. Si él descubrió alguna chispa de vida en ella, que quienes la atendían no percibieron —pues se dice que, aunque llovía, su rostro despedía un vapor—, o si la vida estaba realmente extinguida y él se la restituyó con el calor de su mano, es un problema misterioso no solo para mí, sino también para los que estaban presentes».

15,35-50)»². Como dice Pablo: «Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él [...], vive para Dios» (Rm 6,9-10)³.

La resurrección de Jesús, por tanto, es un hecho único en la historia, no se trata de un mero retorno a la vida, sino de una glorificación, de un ser constituido Señor de todo lo creado. En palabras de H. Schlier: «En la resurrección de Jesucristo, Dios ha arrebatado del dominio de la muerte al que murió en la cruz y fue sepultado, y lo ha exaltado al poder y a la gloria de la vida otorgada por Dios, que es la vida en absoluto, sin adjetivos. La resurrección de Jesucristo es la subida de Jesucristo muerto al poder de la vida de Dios»⁴. Seguramente la afirmación más conocida del Nuevo Testamento que expresa esta realidad está contenida en el himno cristológico de la carta a los Filipenses: «Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre» (2,8-10)⁵. En este sentido, el acontecimiento de la resurrección de Jesús no pertenece a este mundo temporal, sino al más allá. Por eso, no se narra en ningún evangelio. Se adentra en el misterio de Dios. De lo que ocurrió en la sepultura previo a la visita de las mujeres nada dicen los evangelistas; solo el evangelio según Mateo narra, con un lenguaje más bien apocalíptico, la apertura de la tumba. Por lo demás, cualquier persona contemporánea podía ver aquellas personas que Jesús resucitó, mientras

² CCE n. 646.

³ H. Schlier, *Sobre la resurrección de Jesucristo*, Roma 2008, p. 27, expresa este fenómeno de la resurrección de Jesús con las siguientes palabras: «Esta resurrección de entre los muertos es un resurgir a la vida, la cual ha sido arrancada definitivamente a la muerte y contra la cual la muerte es impotente, vida que tiene su manera de ser en el ‘cuerpo glorioso’ (Flp 3,21), y como *σῶμα πνευματικόν* ‘cuerpo espiritual’ (1Co 15,44) y cualquier otra cosa puedan significar los conceptos que quieren expresan la trascendencia de este modo de ser respecto del terrenal: ‘incorruptibilidad’, ‘poder’, ‘gloria’, ‘libertad’, y de todos modos ‘transformación’. Todos ellos conceptos que intentan poner nombre a lo indecible y a lo incomparable del Resucitado de entre los muertos y exaltado, o que señalan por lo menos su incomprendibilidad, la incomprendibilidad de la ‘nueva creación’ (cf. 1Co 15,42ss)».

⁴ H. Schlier, *Sobre la resurrección de Jesucristo...*, p. 31.

⁵ Véase también Heb 12,2; 1Tm 3,16; Ef 4,8-9; Ap 5,6.

que el Resucitado fue visto solamente por sus seguidores porque se manifestó delante de ellos, se dejó ver y tocar solo por ellos.

En otras palabras, el acontecimiento mismo de la resurrección de Jesús no es un hecho verificable con los métodos históricos o científicos; no sucede en esta historia, ante los ojos de las personas. En el plano fenomenológico no se puede contemplar o constatar a Cristo resucitando como una puesta de sol o el vendedor que ofrece su producto en el mercado, pues no se puede captar por los sentidos. La resurrección de Jesús, al ser la victoria definitiva sobre la muerte y su glorificación celestial, excede el tiempo y el espacio; no está dentro de los parámetros del conocimiento humano. Es, por tanto, metahistórico. Como hemos dicho, no se trata de una vuelta a la vida pasada, sino de alcanzar la vida inmortal. Por ello, la naturaleza del evento de la resurrección de Jesús, su esencia íntima, no la puede conocer el hombre si no la da a conocer el mismo Resucitado. Nadie puede decir cómo sucedió en realidad este hecho, pues, como hemos dicho, el entrar en la vida eterna, el volver a la gloria celeste, no es perceptible a los sentidos humanos. Nos hallamos ante un evento real, pero que no se puede objetivar con los métodos de la ciencia positivista. Así pues, el estudio histórico se limita al testimonio de los hombres que afirmaron que Jesús había resucitado y algunas consecuencias que se derivaron de tal suceso.

En su libro sobre Jesús de Nazaret, Benedicto XVI explicita el carácter único de la resurrección de Jesús con estas palabras: «La resurrección de Jesús ha consistido en un romper las cadenas para ir hacia un tipo de vida totalmente nuevo, a una vida que ya no está sujeta a la ley del devenir y de la muerte, sino que está más allá de eso; una vida que ha inaugurado una nueva dimensión del ser hombre. Por eso, la resurrección de Jesús no es un acontecimiento aislado que podríamos pasar por alto y que pertenecería únicamente al pasado, sino que es una especie de ‘mutación decisiva’ (por usar analógicamente esta palabra, aunque sea equívoca), un salto cualitativo. En la resurrección de Jesús se ha alcanzado una nueva posibilidad de ser hombre, una